

hombros, cetrina de cutis, torcida de pies y miserable de vestido; tampoco reía; no habla en ella nada que riese, excepción hecha de las botas.

Iba delante de su madre, caminando con lentitud, con pereza de criatura anémica y mal alimentada; iba mirando á todas partes; iba abriendo mucho los ojos como si esperase algo que no acababa de venir.

Así siguió andando, mientras los otros niños jugaban y se *confettiaban* en derredor suyo.

Así siguió andando, mientras las otras niñas jugaban y reían y combatían, haciendo de los *confettis* proyectiles. Así continuó andando más de un cuarto de hora, silenciosa, abstraída, con andar perezoso de niña anémica, con los brazos caídos sobre los muslos y los ojos de par en par abiertos.

De pronto sus párpados se entornaron muy despacito, tal que si bajasen á las mejillas una lágrima; su cabeza se volvió hacia la madre y sus labios se abrieron para dar salida á estas palabras: «Madre, á mí no me tiran *confettis*.»

Codo con codo.

Los periódicos han dado la noticia. *A B C* retrata en sus páginas los hechos. Justo Fúster y los dos albañiles que acompañaban á Angel Gutiérrez pocas horas antes de morir éste, fueron conducidos á la cárcel amarrados codo con codo.

Aquellos tres hombres sobre quienes recayeron sospechas, nada más que sospechas, de que hubiesen intervenido directa ó indirectamente en el crimen, han pasado calles y plazas de la Corte con los brazos sujetos por una cuerda y la libertad amojonada por una pareja de orden público.

Dos de ellos han probado ya su inocencia ; de la culpabilidad del otro no hay claros indicios, y, no obstante, hace tres días marchaban juntos y amarrados por el paseo de Areneros, para que las gentes, señalándolos y execrándolos al pasar, aumentaran con los sonrojos de la vergüenza los temores de la inculpación y las tristezas de la cárcel.

¿Por qué este ensañamiento de la justicia

con los hombres caídos bajo su acción? ¿A qué el afán, el torpísimo afán de exhibir como fieras encadenadas criaturas que son todavía seres humanos? ¿Por qué afrontar en público á quien, en privado, va á sincerarse ó á corregirse? ¿Gana algo con ello la justicia? ¿Consigue alguna ventaja la ley? ¿Se influye beneficiosamente sobre la conciencia del criminal probado? ¿Se llevan gérmenes de arrepentimiento ó franqueza á la conciencia de los criminales presuntos? ¿Se dulcifica y ennoblece el corazón de las multitudes, obligándolas á presenciar el desfile de prójimos convertidos en bestias feroces que son conducidos á la jaula?

No. La justicia, escarneciendo á quien condena, se convierte de juez en verdugo; la ley permitiendo que se ponga por estrambote á sus artículos una sogá erizada de seres humanos, afrentosa columna vertebral de un monstruo que va y viene por carreteras y ciudades de este presidio al otro, se rebaja y se cruelliza; los criminales probados hacen de cada mirada que los transeuntes les dirigen, de cada frase que contra ellos pronuncian, semilla de odios; los criminales presuntos abren con la vergüenza y el despecho que la pública rechifla les causa, camino á las torpes enseñanzas que el presidio les brindará; las multitudes, asostumbrándose desde su infancia á ver tratar á los delincuentes como alimañas, pierden toda

idea de amor y compasión hacia ellos; ya no son prójimos fiscalizados por la ley, son personajes de un espectáculo gratuito, de una exposición cinematográfica que comienza en la Delegación y pasa por el Juzgado de guardia, y se interrumpe junto á la puerta de la cárcel, para seguir en las cuadras de los presidios ó finalizar sobre el banquillo del garrote.

Pues si para nada bueno, ni útil, ni justo sirve el paseo en trailla de criminales y sospechosos, ¿á qué realizarlo? ¿A qué conducir á los tributarios del Código penal por carreteras y ciudades amarrados codo con codo?

Siempre que pasa junto á mí una cuerda de presos me hago esta pregunta; siempre, después de hacerla, siento impulsos de rebelión contra quienes disponen la ristra humana y sentimientos de piedad hacia quienes la constituyen; siempre suben, á mi cara de hombre libre, sonrojos, como si la vergüenza de los hombres acordelados pasase de sus mejillas á las mías para castigarme con sus latigazos de lumbre.

¿Por qué atenacear moralmente á los miserables que la ley moralmente atenaceó? ¿Por qué tener la cruel complacencia de que esos miserables, dirijan su última mirada á la libertad, al cielo azul, á los árboles verdes, á las casas donde los amantes se acarician y los niños juegan, con los brazos sujetos á la espalda

y la existencia amenazada por los fusiles de la Guardia civil? ¿No es bastante aprisionar una criatura y encerrarla dentro de una celda? ¿Hay también que amarrarla con cordeles y abofetearla con el bochornoso guantazo de una pública exhibición?...

Por delante de mis ojos acaba de pasar *la cuerda*. La componen veinte, treinta, cuarenta hombres, no importa el número.

Sus pies, llenos de polvo, pisan con pisar uniforme de recua; sus manos, amoratadas por la presión de los cordeles, parecen coágulos temblorosos de sangre; por sus ropas hechas jirones asoman carnes que la interperie ennegreció; sobre sus frentes inclinadas cae el pelo en mechones; los ojos brillan con brillo tan mortal como los cuchillos ajustados en los mausers de los conductores; sus bocas hacen gestos de desesperación y amenaza... El sol destaca brutalmente el grupo; la gente lo contempla con más repugnancia que lástima, y el grupo sigue... sigue, con ondulaciones de reptil, hasta perderse en el boquete sombrío de la Cárcel Modelo.

Casi todos aquellos hombres son criminales que hundieron sus cuchillos en el corazón de sus prójimos, que desvalijaron las arcas ajenas, que ultrajaron las castidades de una virgen ó atentaron las canas sagradas de un viejo; pero casi todos son también seres nacidos en la mi-

seria, criados en el abandono, faltos de amor, de educación, de pan, hombres que, sujetos á vivir un ambiente propio de fieras, acabaron por volverse fieras, sin que la ley y la sociedad representada por la ley, hiciesen cosa alguna para volverles á su primitiva condición de racionales. La ley, la sociedad representada por la ley, no se ocupó de aquellos seres para redimirlos; preciso fué que un crimen turbara el público sosiego para que la ley se acordara de ellos y, amarrados codo con codo, los mandara á la cárcel, hasta que fuera ocasión de mandarlos á las cuadras de los presidios ó á las argollas del garrote.

Mejor sería que la ley, aumentando escuelas, disminuyese cárceles; mejor sería que, sumando alumnos en las aulas, restara inquilinos á los presidios y á los garrotes; mejor sería que, evitando á las criaturas humanas convertirse en bestias, evitara que las bestias se hiciesen criminales. Mejor sería, para que la vergüenza de los hombres que cruzan las calles amarrados codo con codo, no subiese con un remordimiento y una acusación á las mejillas de los hombres libres.

Pero ya que eso no sea, evítese al menos á los desgraciados, de quienes el abandono social hace criminales, el horrible paseo en trailla; evítese á los hombres libres el cruel es-

pectáculo de ver á sus prójimos convertidos en fieras que se conducen á la jaula.

Esta costumbre bárbara de amarrar á delinquentes y sospechosos, sólo puede justificarse cuando el detenido opone resistencia, cuando amenaza la vida de otro; entonces debe consentirse un momento, sólo un momento; después hay vehículos, oficiales ó no oficiales, donde, el sospechoso ó el delincuente, vayan sin ser vistos por nadie; hay medios de suprimir el triste, el vergonzoso, el bárbaro y cruel espectáculo que los periódicos describen y *A B C* retrata: el acordelamiento de dos albañiles inocentes y de un hombre que aún no es probado criminal.

Hay que suprimir eso, no para los tres hombres de ahora, para todos los hombres sujetos á las decisiones de la ley.

No acostumbremos á las multitudes á contemplar desde su infancia el siniestro paso de la cuerda erizada de hombres; rompamos la columna vertebral del monstruo que va y viene por carreteras y ciudades, desde un presidio á otro presidio; no convirtamos en espectáculo la desdicha de un semejante. Más que ninguno, necesitan los tributarios del presidio compasión y respeto. Cuando la compasión y el respeto faltan, el corazón de los criminales no se corrige, se pudre; el corazón de las multitudes no se dulcifica, se endurece.

Los primeros se hacen vengativos; las segundas se vuelven insensibles; y mientras los hombres presos preparan nuevas hazañas en las cuadras de los presidios, los hombres libres... y las mujeres libres escriben cartas al director de la Cárcel Modelo demandando un buen sitio para ver el agarrotamiento de Cecilia Aznar.

Agua fuerte.

Surgió ante mí á la postrimera luz del crepúsculo en la Moncloa solitaria. Brujesca evocación parecía, imagen caótica arrancada á las aguas fuertes de Goya.

Social y patológicamente era un monstruo. Era mendiga y era imbecil; horrible de cara y contrahecha de intelecto.

Su cabezota oscilaba en el espacio como péndulo loco. Su boca se rasgaba para hacer más horrible el rostro con el rechinar de los dientes agudos.

Siniestra aparición fué la suya en la seminoche, junto á los troncos del pinar verdinegro.

Por entre dos pinos surgió. Criatura de los paisajes tristes, aparecía en su sitio y á su hora.

Los árboles negreaban sobre la atmósfera, tal que dibujados con tinta. Sus raíces, mal hundidas en tierra, reptileaban por el césped, buscándose, retorciéndose, enroscándose las unas á las otras como serpientes en batalla. El césped, empalidecido con la perpetua sombra, era cenizoso. El reflejo último del sol teñía las ramas

altas de resplandores espectrales. Una lechuza y un buho se saludaban desde lejos á gritos rechinosos. El aire hacía ¡chits! al partirse contra las hojas.

Templo de valpurgis, palacio de aquelarres, ara propicia á los sacrificios demoníacos, alcaza nupcial de monstruosas parejas, resultaba el ensombreado bosque.

A él debieron acudir, en las rituales noches del sábado, las brujas de otros siglos para recoger los mandamientos de su dios Satán; allí se embriagarían con pócimas nauseabundas; allí molerían con su enciaje desdentado los manjares avérrnicos; allí untarían sus órganos seniles para resucitar su juventud muerta y entregarse á concupiscentes frenesís con sapos de circulares ojos, con diablos rabudos, con cabríos de ancas recias y lengua barba.

Allí irían las brujas; allí entonarían himnos á Belcebú; allí vibraría á la media noche el hábito del Irredimible.

Allí fué, sin duda, el padre Goya á beber sus inspiraciones dantescas, á buscar los modelos de sus caprichos infernales; allí, en las vecindades de la noche, se me apareció súbito el trágico fantasma, hecho con carnes de mujer y trapos de miseria.

Verla fué espanto de mi espíritu. Asco y miedo sentí. Mi ser todo experimentó el escalofrío y sufrió la náusea.

Era vieja; su cutis, reseco cordobán. Sus cabellos grises, burlescamente trasquilados, formaban crin de alimaña salvaje en su cabeza descubierta. Por el boquete de las órbitas asomaban dos ojos redondos, estupefactos; los párpados se corrían sobre ellos como dos churretes de sangre. Su nariz, estrecha y aguda, á pico urraqueño tiraba; sus labios, no abiertos, distendidos por un tirón brutal de los músculos, descubrían dientes de loba. Aquellos dientes chirriaban en un continuo ir y venir; la espuma burbujeaba entre ellos. La barba, después de curvarse hacia la nariz, descolgábase en cuerdas rígidas para fenecer junto á un cuello ético que oscilaba con angustioso ritmo.

Un pañuelo á cuadros enfundaba el busto de la vieja; por las hombreras del pañuelo caían dos brazos angulosos; una falda rota en jirones descubría la media pierna. Al extremo de los brazos bailoteaban dedos garrudos; del tobillo arrancaban los pies. Eran manojos de sarmientos.

Tal fué la criatura de pesadilla que se me apareció. Esta criatura no hablaba, gruñía, extendiendo una de sus manos, guiñándome los ojos redondos, volviéndose toda ella mueca hambrienta é imbécil.

Y no era visión; no era fantasma de mis imaginaciones crepusculares. Ser vivo era, arrojado por el azar al paso mío á la hora del cre-



púsculo, entre los pinares verdinegros, en la Moncloa solitaria.

La Naturaleza había conservado aquella dolorosa escultura; la sociedad la perfeccionó. A la idiota añadió la mendiga. A la imbecilidad puso el abandono por rúbrica...

La boca continuaba gruñendo, los redondos ojos guiñándose, la mano extendida temblaba; acentuábase el rítmico ir y venir de la cabezota sobre el cuello.

Llevaba yo en el bolsillo restos de merienda y se los ofrecí á la idiota.

No fué cogerlos, fué arrebatarlos de un zarpazo su acción. Con gesto de fiera famélica hizo presa en ellos. Su garganta modulaba ronquidos de amenaza y placer.

De pronto pegó un salto y huyó con la remordida presa en los dientes.

El postrimer reflejo del crepúsculo se extinguió. La bestia humana en fuga se volvió sombra entre los huecos del pinar. Aún veía yo su cabeza-péndulo ir y venir en las negruras del paisaje.

La lechuza prorrumpió en grito victorioso; respondióle el buho. A un tiempo abandonaron los distintos árboles en que se cobijaban y volaron al encuentro la una del otro.

El ruido de sus alas trajo al espacio una tristeza más.

Todo fueron tinieblas después.

¡Viva Cleo!

Físicamente, no es cosa mayor. Tiene más gracia que hermosura. Pequeña, flexible, disimulando, por obra de su hechura infantil, la más que cumplida treintena, resultaría insignificante de ir trajeada con un vestidillo de percal y de llevar zambos los tacones.

Tiene cara de virgen modernista. Acaso este aspecto de virgen sea en ella el mayor de los atractivos y la más lógica explicación de sus triunfos. El contraste, gallardamente manejado, es, lo mismo en arte que en placer, arma que vence y consigue el éxito.

De todas suertes, la exterioridad de esta criatura no es para enloquecer. A diario cruzan las calles de Madrid cientos de modistillas que en punto á belleza pueden mirar de alto á bajo á Cleo de Merode.

En clase de hembra, nada, aparte su aspecto virginal, es sorprendente en ella. Como artista, baila muy bien.

Sin embargo, esta bailarina, que apenas arrancó un aplauso la noche de su estreno en

Madrid, llena hoy con el solo anuncio de su nombre las localidades de la Zarzuela; el público aristocrático puja los palcos y butacas á billete limpio; burgueses y obreros se atropellan en la taquilla para obtener localidad.

Esto sucede con la artista; y con la mujer!...

Ayer la he visto en la Carrera de San Jerónimo sencilla y elegantemente vestida; llevaba un trajecillo obscuro á la inglesa y un ancho sombrero; bajo las alas aparecía su rostro de virgen, enmarcado por la alisada cabellera, como bajo un dosel. Más de cuatrocientas personas la seguían, más de mil abrían fila ante su paso, como ante el paso de una reina.

Ella, acostumbrada á los homenajes, hecha á saborearlos, tal vez á despreciarlos, inclinaba al suelo los párpados con ruboroso parpadeo, sonreía con infantil sonrisa y andaba con andares de pájaro, escoltada por la curiosa multitud.

La Cleo de Merode, esa mujercita de insignificante apariencia, debe tener grandes atractivos, llamémosles espirituales, si quieren mis lectores, cuando tantos y tan señalados triunfos obtuvo. Acaso, y sin acaso, es la aureola de esos triunfos la que arrastra en pos de Cleo á las multitudes y hace que llene el público las localidades de la Zarzuela.

Y, ¡qué demonio!, lo merece. Si rendimos tributo á los grandes conquistadores, ¿por qué

no rendírselo, y entusiasta, á esa mujer, que nacida en el arroyo parisino ha sabido elevarse con las únicas armas que la sociedad y la Naturaleza le otorgaron, sobre el fango que le sirvió de cuna, tener á sus pies reyes, príncipes, banqueros, artistas, y hacer que el oro y la sangre corriéran por sus antesalas para comprar una sonrisa ó conseguir un beso?

Los reyes, para imponerse á las multitudes, tienen los prestigios de su corona; los generales, sus ejércitos; los banqueros, su oro; los artistas, su genio. La Cleo, no tiene más que un cuerpo de mujer y una cara de virgen; y con ellos, sin coronas, sin ejércitos, sin genio, sin oro, subió á los últimos escalones del templo social é imperó desde él como diosa. Diosa de torpes atributos, ¿y qué? No eran mejores los de la madre Venus y ocupa un puesto en el Olimpo.

La Cleo de Merode pertenece, por su educación y por su nacimiento, á los humildes, á los despreciados, á los abandonados sociales. Buena, resignada, hubiera sido una de tantas infelices como el egoísmo social hace rodar á cualquiera negrura y empuja más tarde con el pie.

Cleo se rebeló; no quiso doblegarse al imperio de los amos; quiso combatirlos, dominarlos, y utilizando los únicos medios que tenía,

su juventud y su belleza, dió comienzo á la lucha.

Y luchó sin descanso y trató al vencido sin piedad y á sus pies se arrastraron reyes, generales, príncipes, artistas... los que se alzan sobre los humildes para despreciarles y escarnecerlos. Triunfó, y el oro y la sangre corrieron á sus pies y á sus pies cayeron los hombres mendigando un beso ó solicitando una sonrisa.

Tal vez por eso, porque nació entre los humildes y peleó con los poderosos y los humilló ante su cuerpecillo de muñeca y su cara de virgen, admiraba ayer la multitud á Cleo de Merode en la Carrera de San Jerónimo y la aplaudía en el escenario de la Zarzuela.

Tal vez por eso, porque las multitudes tienen justiciero el instinto, gritaban ayer con los ojos ansiosos de mirar y con las manos rendidas de aplaudir : ¡ viva Cleo !...

Hasía otra.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hace pocos meses un tren dió terrible salto mortal sobre el puente del río Najerilla, para rociar con gotas de sangre su cauce falto de agua. Hace pocos meses también, el *Florero*, un *golfo*, hizo, á empujones de navaja, que su hembra, otra *golfa* como él, diera un salto de la vida á la muerte en los jardinillos que lamen el palacio real.

Grande fué entonces el clamoreo público, exigiendo de una parte castigo para ambos delitos; de otra remedios eficaces para que tales delitos no se repitiesen. Los periódicos llenaron sus columnas de artículos enderezados contra las Compañías ferroviarias, que, seguras de su impunidad, se atreven á todo, y contra los gobernantes que, atentos sólo á sus particulares y mezquinas andanzas, nada resuelven para que la miseria física y moral de las criaturas del arroyo obtenga reparo y protección.

Discursos hubo también muchos en las Cámaras. Los hombres públicos de reemplazo, es decir, en espectación de mando ó cartera,

pusieron el grito en las nubes; los hombres públicos en privanza oficial prometieron milagros; las Compañías ferroviarias se amarraron la lengua; los del orden amarraron al *Florero* codo con codo; un juez se encargó del descarrilamiento, otro del homicidio, y á los quince días todo siguió lo mismo que antes, lo mismo, como si no hubiese más trenes en España y más *golfos* en los alrededores de Madrid.

Pasó la actualidad. Al mes nadie recordaba la catástrofe del Puente Montalvo, excepción hecha de las familias de los muertos. Al *Florero* no hay por qué buscarle excepciones. Probablemente no tendrá familia. Siguieron los trenes circulando por líneas de insegura estabilidad y escaso servicio; siguieron las Compañías ferroviarias haciendo mangas y capirotes, escudadas en el padrinazgo de consejeros y mandones; siguieron los *golfos* con el estómago falto de pan, la conciencia de ejemplos y el entendimiento de enseñanzas, vagando por desmontes y callejuelas y durmiendo en empalizadas y covachas, mientras los políticos resolvían sus asuntos particulares y los ministros encorvaban el espinazo ante S. M.

Nada más hubo; nada más se hizo en los cuatro meses transcurridos desde el descarrilamiento del Najerilla y el homicidio del *Florero*. ¿Para qué? Las grandes empresas, porque son grandes empresas, y los *golfos*, por-

que son *golfos*, cuentan siempre con el olvido.

Ha sido necesario que un tren, otro tren, descarrilando en Puente Genil y aplastando entre sus escombros veinte ó treinta personas, refresque la sangre seca del Najerilla y la memoria de los españoles, para que periodistas, público, políticos y gobernantes, pongamos nuevamente el grito en las nubes y pidamos á voces el castigo de las empresas ferroviarias, el remedio enérgico que la imprudencia de las grandes Compañías exige.

Ha hecho falta que las aguas del cielo, cayendo tercamente sobre un desmonte y removiendo la techumbre de una covacha, ahoguen con negruzcas olas de barro á media docena de *golfos*, para que recordemos el horrible y triste espectáculo que ofrecen esos trogloditas resurgidos en plena civilización y pidamos para ellos asilo, educación y pan.

Ya vuelven á ser actualidad el descarrilamiento y el *golfo*; ya vocea el público en calles y cafés, ya mojamos nuestras plumas en tinta los periodistas y curiales, ya se aprestan los políticos de reemplazo á exigir responsabilidades, ya se disponen los políticos en privanza á ofrecer remedios.

Ya se mueven y se conmueven y se crispan al calor de la actualidad todos los elementos á quienes la actualidad reclama; ya tenemos otros quince días de maldiciones infecundas y de co-

lectivos pesares ; ya se vuelven todos los ojos llenos de lágrimas, más ó menos auténticas, hacia la ensangrenta mampostería de Puente Genil ó hacia la covacha ensangrentada del Cerro de San Blas. Todo eso ocurre y ocurrirá por espacio de otros quince días. Después, los *golfos*, sepultados provisionalmente por la tormenta, empezarán á pudrirse en su definitiva sepultura ; el sol irá borrando las manchas de sangre en la mampostería de Puente Genil ; los *golfos* seguirán durmiendo en sus covachas ; los trenes seguirán marchando por las vías ; dos jueces más darán á su cargo dos causas más, y... hasta otra.

Al pie de un tronco.